

Cuando á las luchas del hierro contra el hierro suceden los combates más importantes de las ideas contra las ideas, Verceil luce con no ménos brillo. En los muros de la antigua ciudad un nuevo guerrero, igualmente venido de Roma, pone en fuga la formidable herejía de Arrio. Esta segunda victoria no es ménos providencial que la primera. Se nos hacia tarde para prosternarnos ante el sepulcro del héroe que la alcanzó. He nombrado á San Eusebio, obispo de Verceil, el amigo de San Ambrosio, el defensor de San Atanasio, el terror de Constancio, el glorioso mártir del Verbo consustancial, que arrastrado de prisiones en prisiones, desde Verceil hasta Palestina, á Capadócia, en los desiertos de la alta Egipto, dió al mundo entero el largo espectáculo de su heroica firmeza.

Nuestra primera visita fué para la catedral en donde descansa el cuerpo del inmortal pontífice. La catedral es un majestuoso edificio reedificado en el siglo sexto según los dibujos del célebre Pellegrini de Bolonia. Dos capillas fijan principalmente la atención. La primera está dedicada al B. Amadeo de Saboya. El cuerpo de este príncipe, cuya corona temporal se ha cambiado en corona eterna, descansa en un sepulcro de plata dado por uno de sus descendientes, el rey Carlos Félix. De este sepulcro parece salir todavía la palabra verdaderamente real del Bienaventurado. El duque reunia al valor de un héroe todas las virtudes cristianas, y en particular una ternura paternal hacía los pobres. «Señor, le dijo un día su mayordomo, vuestras limosnas agotan vuestros tesoros.—Bien, respondió el príncipe, hé aquí el collar de mi orden; que se venda y que se socorra á mi pueblo.» La segunda capilla más venerable todavía que la primera es la de San Eusebio. A la vista de la magnificencia que

rodea al cuerpo del mártir, al recuerdo de los numerosos milagros que obra, no puede contenerse la queja sublime del Profeta: *Señor, es demasiado honor y poder para vuestros amigos.*

De este sepulcro regado con tantas lágrimas ardientes, cubierto con tantos besos, perfumado con el incienso de tantas oraciones, bajamos al tesoro de la catedral. ¿Puede pasarse por Verceil sin ver el célebre manuscrito del Evangelio de San Marcos, copiado de mano de San Eusebio? ¿Qué se han hecho las láminas de plata con que le mandó cubrir el rey Berenger hace cerca de novecientos años? Preguntádselo á los Vándalos modernos. Por temor de un nuevo despojo, los enmaderamientos del coro, verdadera obra maestra de escultura, han sido repuestos hace algunos años de modo que pueden ser quitados en un solo día.

La vasta iglesia de San Andrés, coronada con cuatro campanarios, trae otro recuerdo. A principios de aquel siglo decimotercero, en que Santo Tomás debia immortalizarse con su enseñanza, otro doctor que tomó por guía á San Dionisio Areopagita, explicaba con un inmenso buen éxito la teología mística en el convento de San Andrés de Verceil. Este maestro se llamaba Tomás Gallo. Entre sus discípulos se sentaba un jóven religioso de San Francisco que debia llenar al mundo con el ruido de su nombre y con el brillo de sus milagros; este es Antonio de Pádua. Un fresco de la época, colocado en el sepulcro del profesor, le representa sentado en su cátedra de teología, y entre sus alumnos se ve á San Antonio de Pádua, con la cabeza rodeada de una auréola. Un bajo relieve que decora la parte inferior del mausoleo indica la fuente en que el doctor tomaba su admirable ciencia. Tomás está de rodillas delante de Nuestro Señor y de la Santísima Vir-

gen, mientras San Dionisio en pié, le pone afectuosamente la mano en la cabeza. Seria difícil encontrar alguna cosa más interesante bajo el doble aspecto del arte y de la piedad, que aquel sepulcro verdaderamente monumental.

21 DE ABRIL.

Vista de Turin.—Galería de Pinturas.—Biblioteca.—Museos griego y romano.—Tabla Isiaca.—Museo egipcio.—Instrumentos oratorios.—Armas.—Estátuas.—Los santos mártires Octavio, Solutor, Adventor.—San Máximo.—Catedral.—Capilla del Santo Sudario.—Palacio del rey.—Audiencia.

Después de haber viajado una parte de la noche, llegamos á ver á Turin al salir el sol. El Pó que corre desbordándose en la vasta llanura, las cúpulas y los campanarios brillando á los primeros rayos del día, la antigua capital de Liguria con sus anchas calles tiradas á cordel, sus soberbias plazas si estuviesen acabadas, sus edificios de brillantes fachadas, las montañas vecinas, cuya basa está esmaltada de risueñas vilas, mientras la cima eleva hasta las nubes la espléndida iglesia de la *Superga*: todo esto forma un conjunto lleno de grandeza y que arrebató aun después de haber visto á Italia. Desde el centro de la *Piazza Castello*, se goza de un golpe de vista único. Cuatro calles cortándose en ángulo recto dividen la ciudad entera y desde el centro dejan percibir las cuatro extremidades. A fin de evitar las repeticiones, no me detendré á describir los numerosos y notables cuadros de las escuelas flamenca y holandesa que vimos en la *Pinacotheca* (galería de pinturas) del Castillo; las acuarelas de Bagetti pasan por obras maestras; lo mismo sucede con el *San Juan Nepomuceno* de Murrillo. El santo está en el confesonario teniendo de un lado á la emperatriz y del otro

á un paisano, imagen de la igualdad evangélica ante aquellos tribunales que justifican á los que ante ellos se acusan. Entre los manuscritos de la Biblioteca es necesario notar el *Epítome* de Lactancio, único en Europa, y la *Imitación de Jesucristo* que se cree que es del siglo décimocuarto.

El museo griego y romano ofrece poco interés después de los de Roma y de Nápoles. La famosa tabla Isiaca ha perdido su prestigio de antigüedad desde que se ha dicho por los sabios que data solamente del reinado de Adriano. No sucede lo mismo con el Medallero, uno de los más ricos de la Europa. Bajo los pórticos de la Universidad se conserva entre otros bajo-relieves el Voto de Q. Viscasio. Se ve en él á un hombre conduciendo á un carro tirado por dos mulas y cargado con un tonel. El carro y el tonel son perfectamente semejantes á los que sirven hoy todavía en el país. En el Museo de Nápoles veinte objetos diferentes nos habian dado lugar á hacer notar la tenacidad de las costumbres populares. Pero la gloria de Turin es el Museo egipcio, el primero de la Europa. Yo no sé qué impresion se experimenta en medio de aquel mundo extinguido hace tres ó cuatro mil años. Las estatuas de los reyes y de los dioses; los frescos y las pinturas de los sepulcros que representan los usos y la vida íntima militar y agrícola; arados, un yugo para los bueyes, flechas, un casco, una cimitarra de bronce; dos pequeñas devanaderas de marfil de las cuales una conserva todavía el hilo que devanaba hace treinta años; zapatos de encartonado de tela; las momias que os muestran sacerdotes, reyes, príncipes, á los cuales nada falta para ser vivientes más que el movimiento y el calor; todo esto hace admirar la ciencia de un pueblo sin rival en el arte

1 Se sabe que los Galos enseñaron á los Romanos á servirse de los toneles.

de imprimir á sus obras, ya las más sencillas, ya las más gigantescas, el sello de la inmortalidad.

Ademas, á este primer sentimiento sucede bien pronto una profunda piedad. ¡Ved los dioses ante los cuales se prosternaba la más sabia de las naciones! Embalsamados como sus adoradores, aquellos dioses mortales son béstias de toda especie; ya ibis, ya chaceales, ya cinocífalos, ya gavilanes, pescados, cocodrilos, toros tiernos que llevan en la frente el signo característico del buey Apis. ¿Qué es, pues, el hombre abandonado á sí mismo? De las numerosas estatuas, las más magníficas son las de Osymandias, cuya altura es de quince piés, y la del gran Sesostris, de seis á siete piés de altura. La última, de basalto negro con manchas blancas, pasa por obra maestra del arte egipcio. El rey sentado en su trono, con vestido militar, tiene en la mano un cetro encorvado. Su fisonomía es dulce y severa y la postura llena de dignidad; las manos son perfectas y los piés de una justa proporción. Turin debe esta inmensa colección á uno de sus hijos, al caballero Drovetti, largo tiempo cónsul en el Cairo. ¡Honor á su inteligente y generoso patriotismo!

No se puede salir del Museo egipcio sin acordarse de la grave reflexion de un viajero. "Yo confieso, dice él, que encontrando amontonados al pié de los Alpes todos aquellos despojos polvosos ó mutilados de la más antigua civilización del globo, tal vez un día, me decia yo, nuestros propios despojos, todos nuestros monumentos de mármol y de bronce, todos los magníficos testimonios de nuestro poder y de nuestra gloria serán expuestos en el museo de algun pueblo hoy salvaje, en un desierto aún desconocido, cerca de un lago ignorado, en el seno de alguna impenetrable y sombría selva, ó en alguna montaña apenas descubierta. La Lacy, los Akerblad, los Yorg, los

Champollion, los Salt, los Seyfarth, los Pfaff, de otro modo harán á su turno disertaciones; defenderán tenazmente sus diferentes sistemas. Luis XIV con su brillante siglo y sus grandes trabajos, será como el gran Ranases, como el Sesostris de aquellos tiempos lejanos; y nuestras recientes conquistas, tan rápidas, tan pasajeras, parecerán fábulas despues de la historia."

El habitante de Turin que visita su Museo no debe gastar toda su compasión hacia los Egipcios, debe reservar una parte de ella para sí mismo cuando piense en los dioses que adoraban sus antepasados. Así debe disponerse á verlo todo viajero, cualquiera que sea la nación á que pertenezca. ¿Pero cómo ha sido sacada Turin de la idolatría? ¿cuáles son los hombres á cuya sangre es deudora la antigua Ligúria de la fe y de la civilización, hija de la fe? ¿Qué manos han sostenido constantemente la saludable antorcha que ha iluminado aquel religioso país, á pesar de las tempestades de la persecución y de la herejía? Los anales de Turin refieren la historia de aquellos verdaderos padres de la patria y la reconocida piedad de sus hijos.

La antigua *Bodincomagus*, fundada por los Galos, cuyos dioses crueles adoró, fué saqueada por Aníbal, conquistada por los Romanos que le dieron el nombre de *Colonia Julia* y embellecida por Augusto cuyo sobrenombre llegó á ser para ella un título de gloria: *Augusta Taurinorum*. Al recibir el yugo recibió con él á los dioses de los vencedores; con Teutatés adoró á Júpiter. Los adoraba todavía cuando San Bernabé seguido muy pronto por los Apóstoles de la Ligúria, Celso y Nazario, vino á presentarle la antorcha de la verdad y Turin la recibió. La divina semilla no tardó en levantarse en aquella tierra fecunda como en las otras partes de la Galia Cisalpina. 1 Para conducirla á la madurez eran

1 S. Bernabé, Bar., 52-54; Ughelli, t. IV.

necesarias dos cosas, el fuego de la persecución y el rocío de la sangre, y estas dos condiciones se cumplieron. Cc'ta. i), Solutor, y Adventor, los tres soldados de la legion Tebana recibieron en Turin, por orden de Maximiano, la palma del martirio y llegaron á ser las primicias de la rica cosecha que la *Augusta Taurinorum* preparaba al Padre de familia. 1

El cultivo de esta preciosa herencia fué confiada en la serie de los siglos á inteligentes labradores. En primera línea brilla San Máximo, la gloria no solo de Turin, sino de la Iglesia entera. Este gran obispo asistió á los concilios de Milan en 451 y de Roma en 465, defendió vigorosamente la integridad de la fe, dotó al mundo con elocuentes escritos y mantuvo el fervor primitivo entre sus ovejas. Penetrado de confianza en los tres mártires cuya sangre habia cimentado los fundamentos de su iglesia, él decia á su pueblo: "¡Honor á todos los mártires, pero honor sobre todo á aquellos cuyas reliquias poseemos! Ellos nos asisten con sus oraciones, nos protegen con su presencia durante esta vida y nos reciben en sus brazos cuando partimos para la eternidad." La piadosa ciudad ha edificado ciento diez iglesias, como se sabe edificarlas en Italia, á todos los santos á quienes ama y honra como á sus padres.

La más notable es la catedral, dedicada á San Juan Bautista. Presenta al artista una *Santa Virgen* de Alberto Durer, las estatuas de Santa Cristina y de Santa Teresa de Legros, las esculturas de mármol, del altar mayor, la vasta tribuna del órgano cargada de dorados. Pero todo

1 Taurini ejusdem legionis nobilissimi milites, Octaviens, Solutor, et Adventor, glorioso martyrio erexere trohæa victoria.

"Octavio, Solutor y Adventor, nobilísimos soldados de la legion de Taurino, levantaron glorioso martirio los trofeos de la victoria."—Bar., An. 297, t. II, n. 15.

esto está eclipsado por la espléndida capilla del Santo-Sudario situada detrás del altar mayor. Representa una rotunda muy elevada, rodeada de columnas agrupadas, de mármol negro pulido, cuyas bases y cuyos capiteles son de mármol dorado. Sobre aquellas columnas se apoyan seis grandes arcos que forman las ventanas, cuyo entablado sostiene la cúpula. Esta se compone de muchas bóvedas de mármol perforadas, colocadas unas encima de otras y dispuestas de modo que dejan ver en la cima del edificio una corona de mármol en forma de estrella, que parece suspendida en el aire, aunque descansa sobre sus rayos. El altar de mármol negro soporta una caja de plata adornada con oro y diamantes, que está puesta bajo cristales y contiene el Santo Sudario. Esta preciosa reliquia traída de Oriente en tiempo de las cruzadas por Geoffroy de Charny, caballero champanés, recuerda el voto de Francisco I. ° antes de la batalla de Marignan; despues de la victoria se vió al príncipe dirigirse á pié de Leon á Chambery en donde estaba entonces el Santo Sudario, para rendir allí homenaje por los buenos resultados al Dios de las batallas. Si se agrega que encima del altar brilla una gran cruz y que el pavimento es de mármol violeta, sembrado de estrellas de oro, se tendrá un santuario de una belleza severa, majestuosa y en perfecta armonía con su destino.

La capilla está contigua al palacio del rey, se abrió una puerta de comunicación y estuvimos en las habitaciones del soberano. Muchas personas esperaban en una vasta sala, era día de audiencia. Dos veces por semana y durante muchas horas los ricos y los pobres tienen su libre entrada con el príncipe. Todos son admitidos á depositar en el corazón del príncipe sus quejas, sus peticiones, sus miserias, sus proyectos, las penas íntimas de su vida

pública ó privada. El rey escucha, anima, consuela, socorre, protege, en una palabra, llena con inteligencia y desinterés todos los deberes de un padre. ¿Debe esto admirar? Carlos Alberto es el cristiano más ferviente de su reino, el San Luis del siglo décimonono. Todas las mañanas oye misa y los domingos tiene la felicidad de acercarse á la santa mesa.

Penetrados de veneración hácia aquel rey tan digno del trono, bajamos á la *Consolata*, la más bella iglesia de los conventos, adonde el viajero católico es atraído por la imágen milagrosa de la Santísima Virgen. Es necesario penetrar al santuario de la *Consolata*, resplandeciente de oro y mármol, es necesario contemplar los mil testimonios de confianza y de amor dados á la Reina de las Gracias, para conocer la piedad de los habitantes de Turin. Mañana veremos que esta piedad no es estéril.

22 DE ABRIL.

Iglesia de la Gran Madre de Dios.—Castillo de Stupigini.—Superga.—Gran hospital.—Salas de asilo.—Obra de San Luis Gonzaga.—Hospital de la Caridad.—Instituciones para los huérfanos y las huérfanas.—Las Rosinas.—La pequeña Casa de la Providencia.—Silvio Pellico.—Salida de Turin.—Las Vaddes.—Suze.

Las inmediaciones de Turin presentan tres monumentos que no podíamos olvidar. Desde por la mañana, yendo á lo largo de una hermosa calle adornada de pórticos, y atravesando una magnífica plaza circular, llegamos al pié de una deliciosa colina adornada con el primer verdor de la primavera y toda sembrada de blancas vilas. Delante de nosotros se presentaba imponente y magnífico el templo de la *gran Madre de Dios*. No se cansa uno de contemplar

aquel edificio, copia del Panteón. Sus formas llenas de nobleza, y sus colosales proporciones, recuerdan los monumentos romanos, miéntras su fundación proclama la piadosa gratitud de la ciudad de Turin hácia María. Este templo es un *ex-voto* de los decuriones de la ciudad, en reconocimiento por la vuelta del rey Víctor Manuel.

Llevando nuestra curiosidad á otro punto, saludamos el castillo Stupigini, con su techo pintoresco coronado con un gran ciervo de bronce. Este sitio de caza de la corte de Turin pasa en su género por el edificio más magnífico de la Europa. A lo lejos, en la cima plana de una alta montaña, se ven lanzarse á los aires las reales construcciones de la *Superga*. Esta iglesia de forma octagonal, apoyada en grandes columnas de mármol enriquecidas con soberbias capillas, es también un *ex-voto*. En 1706 el rey Víctor Amadeo y el príncipe Eugenio conversaban juntos en esta montaña observando los movimientos del ejército francés que sitiaba á Turin. El rey desesperando de salvar á su capital, cae de rodillas, expone á María su confianza y sus temores, y le promete, si se levanta el sitio, mandar edificar en el mismo lugar en que ruega, una iglesia en honor suyo. La *Superga* es el San Dionisio de los reyes del Piamonte; sus sepulcros son tal vez más brillantes que los de nuestros príncipes; pero por esto mismo me parece que carecen de tristeza y de majestad.

Volvimos á la ciudad y consagramos el resto del día á visitar otros monumentos ménos conocidos de los viajeros y por eso más gloriosos y más dignos de su atención. Turin, gracias á su cercanía con la Francia, posee á nuestras señoras del Sagrado Corazón y á nuestras admirables hermanas de San Vicente de Paul. Las primeras educan á la juventud, las segundas cuidan á los enfermos, esto es decir, con

que inteligencia y abnegación son acogidas las generaciones que entran á la vida y las generaciones que salen de este reino de dolores. El gran hospital de San Juan, cuenta ciento cinco lechos. Desde las últimas revoluciones, la caridad pública suministra una gran parte de las sumas necesarias para su mantenimiento. Es inútil decir que el orden y la limpieza reinan en las salas, lo mismo que la atención y la economía en el servicio; este elogio conviene á todos los hospicios administrados por nuestras religiosas. El hospital de San Luis, fundado en 1794 por el santo sacerdote Barucchi, cura de la ciudadela, pasa por un modelo de arquitectura, de limpieza, de salubridad y de buen gusto. Turin posee también una vasta casa de enajenados, una escuela de Sordo-Mudos, muchas salas de asilo cuyo origen se debe á una señora francesa que mantiene en su propia casa uno de aquellos dulces y alegres hospicios de la infancia. El reconocimiento público ha nombrado á la Señora marquesa de Bar....., en cuya casa fuimos recibidos con una bondad cuyo recuerdo no se borrará jamás.

¿Con qué felicidad encuentra el viajero francés en las calles á nuestros Hermanos de las Escuelas cristianas! Aquí como en todas partes sus establecimientos son florecientes. Mantienen además á expensas de la ciudad una escuela superior en donde se prosiguen los estudios comenzados en las clases elementales y en donde se enseña la lengua francesa. Al salir de la escuela, los niños de los pobres sufren un exámen y los más aptos son admitidos á la Obra real, en donde reciben gratuitamente una instrucción profesional.

El cristianismo ha amado siempre y propagado las luces; así, el desarrollo de la instrucción pública es una de las glorias del Piamonte. Pero si el catolicismo es una religión de verdad, es también una

religión de caridad, porque Dios es ambas cosas. Un volumen entero no bastaría para describir todas las obras de misericordia con que Dios cubre el país en que estamos. Una multitud de asociaciones de hombres y de mujeres dan socorros en las casas; proveen especialmente á las necesidades de una clase de pobres que merece las mayores consideraciones y que es difícil describir, la de los pobres vergonzantes. La congregación de San Pablo encarga á doce de sus miembros que les busque y cuide de ellos en los diferentes cuarteles; ella trata también á los pobres en sus domicilios. La Obra de San Luis Gonzaga, diversas asociaciones de señoras en las parroquias, asisten á los indigentes incapaces de trabajar por razón de sus enfermedades. Los pobres válidos son recibidos en el Hospital de Caridad en el cual se cuentan más de mil. Para darles ocupación se han formado diversas manufacturas; la fabricación de telas de lana, de paños ordinarios, de tapetes, de telas de algodón, emplea el mayor número de brazos. Hay también diferentes oficios y también una escuela de música, de donde el rey toma algunos sugetos para su capilla. Allí encontramos un gran orden, un aire general de satisfacción en todos los semblantes, y una separación de edad y de sexo convenientemente trazada y regularmente mantenida.

¿Pero quién dirá todo lo que la ciudad piamontesa hace con los niños? El Hospicio de los Niños Expósitos, sustituido al antiguo convento de San Miguel, recibe á los que nacen en la Maternidad ó á los expósitos. El Piamonte cuenta treinta y dos hospicios del mismo género en donde aquellas pequeñas criaturas están rodeadas de todos los cuidados maternales de la caridad. Un número al ménos igual de piadosas instituciones recibe á los huérfanos y á las huérfanas. Las limosnas y